

Flavio González Mello

Lascurain
o la brevedad del poder



Cuentos teatrales



Cómo escribir una adolescencia

Prólogo de Lorenzo Meyer

Ediciones El Milagro
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

PRÓLOGO

En México disponemos de un buen número de presidentes efímeros y perfectamente olvidables, especialmente en el políticamente caótico siglo XIX. ¿Quién, fuera del cronista local o del historiador (profesional o aficionado), logra identificar con la presidencia mexicana y con hechos memorables a nombres como Melchor Múzquiz, Miguel Barragán, José Justo Corro, Manuel María Lombardini, Rómulo Díaz de la Vega o José Ignacio Pavón? Muy pocos, supongo. El siglo siguiente, el XX, tiene también una lista similar, aunque más corta. El primero es justamente el personaje central de esta obra, Pedro Lascurain,* pero no está solo, pues bien le pueden hacer compañía Francisco Carvajal y la tercia de presidentes de la Soberana Convención: Eulalio Gutiérrez, Roque González Garza y Francisco Lagos Cházaro. Es verdad que también deberían estar entre los olvidables algunos menos efímeros que antecedieron, siguieron o se intercalaron entre los listados, pero con ellos la historia siempre tendrá cuentas que saldar y no puede hacerlos a un lado.

Pedro Lascurain Paredés se salva del desdén histórico gracias a lo dramático de las circunstancias de su efímera presidencia, pero también a su actuación durante los diez meses que sirvió como secretario de Relaciones Exteriores del presidente Francisco I. Madero en una coyuntura de gran tirantez en la relación con Estados Unidos. Final-

mente, a una biografía de buena calidad¹ y, ahora, a la imaginación de Flavio González Mello y su *Lascurain o la brevedad del poder*.

En manos de González Mello, esos cuarenta y cinco minutos que efectivamente duró la presidencia interina del sucesor de Madero —algunos generosos le dan once minutos más— se convierten en un ciclo político completo y complicado. En efecto, la obra que ahora tiene entre sus manos el lector traslada a Lascurain y a la brevedad de su mandato a otra dimensión. Con la ayuda de apenas un trío de personajes —un fotógrafo, un capitán y una telefonista—, de mucha imaginación y dominio de la esencia de la política autoritaria mexicana, González Mello logra convertir esa brevedad en que Lascurain es presidente en un tiempo y un espacio suficientes para mostrar lo esencial del drama de todo un periodo presidencial mexicano.

Pedro Lascurain era un típico miembro de una típica familia de la oligarquía porfirista de la ciudad de México —abogado y catedrático con simpatías por el catolicismo social y exitoso empresario en el ramo inmobiliario en una urbe que se expandía rápidamente— y que poco o nada tenía de antirreeleccionista y menos de revolucionario. Sin embargo, cuando en abril de 1912 Francisco Madero, en aras de balancear su gabinete con personajes moderados, le ofreció la Secretaría de Relaciones Exteriores, Lascurain aceptó.

Por diez meses el elegante Pedro Lascurain ocupó la cartera de relaciones exteriores y desempeñó el cargo con lealtad, imaginación y eficacia. El meollo de su actividad en este campo giró en torno a la defensa de la posición del nuevo régimen frente a los embates del embajador norteamericano Henry Lane Wilson, muy representativo del espíritu imperial de esa época.

Como parte de un gobierno con un poder muy limitado para restaurar el orden interno perdido a causa del violento cambio de

¹ Graziella Altamirano Cozzi, *Pedro Lascurain, un hombre en la encrucijada de la Revolución*, México, Instituto Mora, 2004.

régimen entre 1910 y 1911, Lascurain tuvo que enfrentar las presiones de los gobiernos norteamericano y europeos y de sus inversionistas, que exigían un rápido retorno a la normalidad. Usando básicamente argumentos jurídicos y de sentido común, Lascurain defendió muy bien a Madero y a la soberanía mexicana. Sus notas diplomáticas de respuesta a Washington siguen siendo ejemplo de cómo encontrar y explotar los puntos débiles del razonamiento imperial. Veamos un ejemplo. Ante el reclamo de Washington por la incapacidad del gobierno maderista de proteger la vida de algunos ciudadanos norteamericanos supuestamente muertos como consecuencia de la turbulencia revolucionaria, Lascurain investigó y demostró que varios de los supuestos asesinados estaban vivos, que otros habían muerto víctimas de conductas que, por su propia voluntad, les habían llevado a involucrarse directamente en la guerra civil y que sólo unos pocos habían sido efectivamente asesinados. Sin embargo, Lascurain contraargumentó, si en Estados Unidos, donde había una sociedad que gozaba de paz y estabilidad, el gobierno había sido incapaz de proteger a varios mexicanos de la furia de turbas de linchadores que les habían quitado la vida de manera brutal, ¿con qué autoridad moral Estados Unidos exigía a un vecino que atravesaba por una situación de excepción lo que él mismo no podía hacer en plena estabilidad?

Sin proponérselo, el 19 de febrero de 1913 Pedro Lascurain se vio en medio de un golpe militar contrarrevolucionario alentado por su propia clase social. Se encontró entonces en el lugar inadecuado en un momento inapropiado. Un Madero prisionero, impotente, fue obligado por sus captores militares a firmar su renuncia con la promesa de salvar su vida y la del vicepresidente mediante el exilio. Lascurain fue el personaje que en medio de la crisis negoció, de buena fe, la renuncia formal del presidente. Para guardar las formas, esa renuncia fue presentada al Congreso, que no tuvo la posibilidad o el valor de rechazarla y sí, en cambio, nombró como estaba ya acordado a Lascurain como presidente interino.

Esa presidencia interina sólo tuvo un propósito: nombrar al golpista Huerta como secretario de Gobernación y, acto seguido, renunciar. Esa renuncia automáticamente dio al general Huerta, el verdadero poder en ese momento, el derecho a ocupar la presidencia. El 23 de febrero, Madero y su vicepresidente, Pino Suárez, fueron asesinados, como muchos otros lo serían más tarde, por órdenes de ese personaje siniestro al que Lascurain había transmitido el cargo de presidente.

El dejarse usar por el general traidor para que se violara el espíritu, aunque no la letra de la ley, es lo que hizo de Pedro Lascurain una figura patética. Un abogado que sirve para hacer de la legalidad formal una sangrienta burla de la legalidad sustantiva es siempre un espectáculo escandaloso. Lascurain justificaría toda su actitud como un intento de salvar la vida de Madero y Pino Suárez. Posiblemente así fue, pero el personaje no hizo todo lo que estuvo a su alcance para que Huerta, antes de asumir la presidencia, hubiera dejado partir a Madero y Pino Suárez rumbo a La Habana, como se suponía que debió haber sido. Muy pronto esa falla se la habrían de echar en cara a Lascurain aquellos que finalmente lograron sacar a Huerta y a los suyos del poder en 1914, tras la etapa más sangrienta de la lucha civil. Al final Lascurain debió partir al exilio y su obra como secretario de Relaciones se deslavó.

Es de ese rincón oscuro y polvoriento de la historia política mexicana que González Mello saca a Pedro Lascurain para hacer que, en la soledad de una oficina y en compañía de un fotógrafo oficial de presidentes, un ordenanza y una telefonista de Palacio —su liga con el mundo real—, el presidente efímero viva en unos minutos y en un mundo imaginarios todas las facetas de la patología del poder, en particular las que se hicieron evidentes en los gobernantes que siguieron al que aquí se examina.

De un personaje con los pies en la tierra y consciente de su marginalidad, el Lascurain de González Mello va, con ayuda de su imaginación y de la adulación de los tres personajes que le rodean —que

pese a su insignificancia son también nidos de ambiciones inconsistentes—, a transformarse rápidamente en un caldero de ambiciones de poder hasta entonces dormidas pero que, al entrar en contacto con la célebre “silla presidencial”, se despertaron y se desenfrenaron. No le costará mucho trabajo al lector o al espectador de la obra identificar las patologías del personaje con las de otros presidentes de México, éstos sí de carne y hueso.

Al final, el Lascurain de ficción tiene que regresar a su realidad. Sus ambiciones y desvaríos finalmente resultaron inofensivos. Desafortunadamente no podemos decir lo mismo de aquellos que sirvieron de modelo a González Mello: los mandatarios de la época del presidencialismo autoritario. Pero ya es tiempo de que el lector entre en materia, se encuentre cara a cara con Pedro Lascurain, presidente de México por cuarenta y cinco o, quizá, cincuenta y seis minutos, y aprecie cómo el autor aprovechó la oportunidad mucho mejor que Lascurain mismo.

LORENZO MEYER